

**Robert L. Stevenson**

**Markheim\***

*Traducción de J. A. Molina Foix ©*

—Sí —dijo el prendero—, tenemos diferentes clases de ganancias inesperadas. Algunos clientes son ignorantes, y entonces mis mayores conocimientos me proporcionan un dividendo adicional. Otros son poco honrados —y al decirlo levantó la vela, de manera que la luz iluminase totalmente a su visitante—, y en tal caso —continuó— saco provecho de mi integridad.

Markheim acababa de entrar procedente de la calle, donde aún lucía el sol, y sus ojos no se habían acostumbrado todavía a la semioscuridad de la tienda. Al oír aquellas palabras mordaces, y ante la cercana presencia de la llama, parpadeó con mucho esfuerzo y miró a un lado.

El prendero se rió entre dientes.

—Usted viene a verme el día de Navidad —prosiguió—, sabiendo que estoy solo en la tienda, con los postigos cerrados, y ya no me propongo hacer ninguna transacción más. Tendrá usted, pues, que pagar por ello; tendrá usted que pagarme el tiempo que pierda, ya que debería estar haciendo el balance; y tendrá que pagar, además, por esa extraña actitud que hoy observo en usted. Yo soy básicamente discreto y no hago preguntas embarazosas; pero cuando un cliente no puede mirarme a los ojos tiene que pagar por ello.

El prendero se rió entre dientes una vez más; y luego añadió, volviendo a su acostumbrado tono de comerciante, aunque con un deje de ironía en su voz:

—¿Puede usted, como de costumbre, explicarme con claridad cómo llegó a su poder el objeto en cuestión? ¿Procede también del gabinete de su tío? ¡Un coleccionista excepcional, vaya que sí!

Y el prendero, un hombrecillo pálido y cargado de espaldas, casi se puso de puntillas, lo miró por encima de sus gafas de montura dorada y movió la cabeza denotando incredulidad. Markheim le devolvió la mirada con otra que mostraba una compasión infinita y una pizca de horror.

—Esta vez —dijo— está usted equivocado. No he venido a vender, sino a comprar. No tengo ninguna curiosidad de la que deshacerme; del gabinete de mi tío sólo queda el revestimiento de madera de las paredes; pero aunque estuviera intacto, me ha ido bien en la Bolsa y me inclinaría más bien por aumentarlo; lo que me trae aquí hoy es bien sencillo. Busco un regalo de Navidad para una dama —prosiguió, hablando con más soltura a medida que avanzaba el discurso que había preparado—; y sin duda le debo una disculpa por molestarlo por un asunto tan nimio. Pero ayer me olvidé de hacerlo y debo entregar mi pequeño obsequio en la cena; y, como usted sabe muy bien, casarse con una dama rica no es algo que deba descuidarse.

Siguió una pausa, durante la cual el prendero pareció sopesar con incredulidad aquella afirmación. El tictac de los numerosos relojes que abarrotaban la tienda y el débil ajeteo de los coches de alquiler en una calle cercana llenaron el intervalo de silencio.

—De acuerdo, señor —dijo el prendero—, lo que usted diga. Después de todo, usted es un viejo cliente; y si, como dice, tiene la oportunidad de hacer un buen matrimonio, no tengo la menor intención de ser un obstáculo. Aquí tiene algo delicado para una dama —prosiguió—: este espejo de mano... del siglo XV, se lo garantizo; procede también de una buena colección; pero me reservo el nombre para proteger los intereses de mi cliente, que al igual que usted, mi querido señor, era sobrino y único heredero de un extraordinario coleccionista.

Mientras seguía así hablando con su voz seca y cortante, el prendero se había inclinado para coger el objeto del lugar en donde se encontraba; y al hacer eso, Markheim tuvo un sobresalto, un respingo tanto de la mano como del pie, y una serie de pasiones tumultuosas asomaron de pronto a su rostro. Su turbación desapareció tan rápido como vino y no dejó más rastro que cierto temblor en la mano que recibía el espejo.

—Un espejo —dijo con voz quebrada; luego hizo una pausa y repitió con mayor claridad—. ¿Un espejo en Navidad? ¡No es posible!

—¿Y por qué no? —exclamó el prendero—. ¿Por qué no un espejo?

Markheim le observaba con una expresión indefinible.

—¿Y me lo pregunta usted? —dijo—. Pues bien, mire... ¡mírese en él! ¿Le gusta lo que ve? ¡No! Ni a mí... ni a nadie.

El hombrecillo saltó hacia atrás cuando Markheim le puso delante el espejo tan repentinamente; pero, al darse cuenta de que lo que llevaba aquel en la mano no suponía ningún peligro para él, se rió entre dientes.

—Su futura esposa, señor, debe de ser poco agraciada —dijo.

—Le pido un regalo de Navidad —dijo Markheim—, y usted me ofrece esto... este maldito recordatorio de años, de pecados y de desatinos... ¡esta conciencia de mano! ¿Lo dice en serio? ¿Pensaba usted en algo concreto? Dígamelo. Será mejor que lo haga. Vamos, hábleme de usted. Me atrevo a suponer que, en el fondo, es usted un hombre muy generoso.

El prendero observó a su interlocutor con detenimiento. Era muy extraño, pero Markheim no parecía reírse; por el contrario, en su rostro había algo así como un apremiante destello de esperanza, pero de ningún modo estaba alborozado.

—¿Qué insinúa usted? —preguntó el prendero.

—¿No es usted generoso? —replicó el otro, con melancolía—. No es generoso, ni piadoso, ni escrupuloso; no ama ni es amado; tiene manos sólo para recoger dinero y una caja de caudales para guardarlo. ¿Es eso todo? ¡Dios mío! ¿Es eso todo?

—Le diré lo que es en realidad —empezó el prendero, con cierta acritud, y luego se echó a reír entre dientes otra vez—. Ya veo que se trata de un matrimonio por amor, y que ha estado usted bebiendo a la salud de la dama.

—¡Ah! —exclamó Markheim, mostrando una extraña curiosidad—. ¿Ha estado usted enamorado alguna vez? Hábleme de ello.

—¿Yo? —exclamó el prendero—. ¿Enamorado yo? Nunca tuve tiempo, ni lo tengo ahora, para todas esas bobadas. ¿Va a llevarse el espejo?

—¿Qué prisa hay? —respondió Markheim—. Resulta muy agradable estar aquí hablando; y la vida es tan breve y tan insegura que no quisiera apurar con prisas ningún placer... no, ni siquiera un placer tan moderado como este. Deberíamos aferrarnos, aferrarnos a lo poco que podamos conseguir, como un hombre al borde de un precipicio. Cada segundo es un precipicio, si piensa usted en ello... un precipicio de una milla de altura... lo bastante alto, si caemos, para estrellarnos y perder hasta el último vestigio de humanidad. Por lo tanto es preferible hablar de cosas agradables. Hablemos el uno del otro; ¿por qué ponernos caretas? Charlemos confidencialmente. ¿Quién sabe? Podríamos llegar a ser amigos.

—Sólo tengo una cosa que decirle —replicó el prendero—. Haga su compra o salga de mi tienda.

—Cierto, cierto —dijo Markheim—. Basta de bromas. Vayamos al grano. Muéstreme alguna otra cosa.

El prendero se inclinó una vez más, esta vez para volver a poner el espejo en la estantería, y mientras lo hacía sus finos cabellos rubios le cayeron sobre los ojos.

Markheim se acercó a él un poco más, con una mano metida en el bolsillo de su gabán; se irguió y llenó sus pulmones de aire; al mismo tiempo su rostro expresó muchas emociones diferentes: terror, pavor y determinación, fascinación y repugnancia física; y levantando con fiereza el labio superior, enseñó los dientes.

—Tal vez le agrade esto —dijo el prendero; y entonces, mientras trataba de levantarse otra vez, Markheim saltó sobre su víctima desde atrás. Una daga, larga como un espetón, centelleó antes de caer al suelo. El prendero forcejeó como una gallina, se golpeó la sien contra el estante y luego cayó desplomado.

Un montón de vocecitas seguían marcando el paso del tiempo en la tienda; unas, majestuosas y lentas como correspondía a su mucha edad; otras, locuaces y apresuradas. Todas aquellas voces computaban los segundos en un intrincado coro de tictacs. Luego, el ruido de pasos de un muchacho que corría pesadamente por la acera se impuso a aquellas voces más débiles y sobresaltó a Markheim, que empezó a darse cuenta de lo que le rodeaba. Echó una mirada a su alrededor completamente espantado. La vela seguía ardiendo sobre el mostrador y su llama flameaba solemnemente impulsada por una corriente de aire; y mediante aquel insignificante movimiento toda la habitación se llenó de un silencioso bullicio que subía y bajaba como las olas del mar: las sombras alargadas se balanceaban, las densas manchas de oscuridad crecían y menguaban como si respirasen, los rostros de los retratos y los dioses de porcelana se transformaban y fluctuaban como imágenes en el agua. La puerta interior permanecía entornada y atisbaba aquella conjura de sombras a través de una larga rendija de luz diurna semejante a un dedo que señala.

De aquellas ondulaciones que daban miedo, los ojos de Markheim retornaron al cuerpo de la víctima, que yacía encorvado y al mismo tiempo extendido, increíblemente pequeño y aunque parezca mentira más despreciable que en vida. Con aquella pobre y miserable ropa, en esa postura desgarrada, el prendero yacía como un montón de serrín. Markheim había temido mirarlo y, ¡hete aquí!, no era nada. Y sin embargo, mientras lo miraba, aquel montón de ropa vieja y aquel charco de sangre comenzaron a expresarse con voces elocuentes. Tenía que quedarse allí; no había nada que hiciera funcionar aquellas hábiles articulaciones, ni dirigir el milagro de la locomoción... tenía que quedarse allí hasta que alguien lo encontrara. ¿Y luego? Aquella carne muerta proferiría un grito que resonaría por toda Inglaterra y llenaría el mundo con ecos de persecución. Sí, muerto o no, todavía era el enemigo.

«El tiempo era eso cuando no había seso», pensó; y las dos primeras palabras golpearon su mente. El tiempo, ahora que el hecho estaba consumado... el tiempo, que

se había acabado para la víctima, se había convertido en urgente y trascendental para el asesino.

La idea seguía todavía en su mente cuando, primero uno y después otro, con gran variedad de ritmos y voces –uno, profundo como la campana de una catedral; otro, entonando con sus notas agudas el prelude de un vals–, los relojes empezaron a dar las tres de la tarde.

El súbito estallido de tantas lenguas en aquella cámara enmudecida le dejó estupefacto. Comenzó a moverse de un lado a otro con la vela, asediado por sombras en movimiento, y asustado hasta los tuétanos por reflejos casuales. En muchos espléndidos espejos, algunos de diseño casero, otros de Venecia o de Amsterdam, vio su rostro repetido una y otra vez, como si se tratara de un ejército de espías; sus propios ojos lo descubrían y le localizaban; y el ruido de sus propios pasos, por muy ligeros que fueran, turbaba el silencio que le rodeaba. Y mientras seguía llenándose los bolsillos, su mente todavía le echaba en cara, con una reiteración que le ponía enfermo, los mil fallos de su plan. Debería haber elegido una hora más tranquila; tendría que haberse preparado una coartada; no debería haber utilizado un cuchillo; tendría que haberse mostrado más precavido, y limitarse a atar y amordazar al prendero, en lugar de matarlo; debería haber sido más atrevido y haber matado también a la criada; tendría que haberlo hecho todo de otra manera; patéticos remordimientos, fastidiosos, continuos esfuerzos de la mente para cambiar lo inalterable, para planear lo que ya era inútil, para ser el artífice del pasado irrevocable. Mientras tanto, y tras toda aquella actividad, brutales terrores, cual ratas corriendo por un desván desierto, llenaban de alboroto los más remotos rincones de su cerebro; la mano del agente de policía caería pesadamente sobre su hombro y sus nervios se estremecerían como si fuese un pez atrapado en el anzuelo; o si no, contemplaba, en galopante desfile, el banquillo de los acusados, la prisión, el patíbulo y el negro ataúd.

El terror a la gente que pasaba por la calle se presentaba ante su mente como un ejército sitiador. Era imposible, pensó, que no hubiera llegado a sus oídos algún rumor de la lucha y despertado su curiosidad; y ahora, en todas las casas del vecindario, adivinaba a sus moradores inmóviles, con los oídos alerta... gente solitaria, condenada a pasar la Navidad sin más compañía que los recuerdos del pasado, y ahora inesperadamente obligada a abandonar aquel delicado ejercicio; alegres reuniones familiares que de pronto enmudecían alrededor de la mesa, la madre con el dedo todavía levantado: gente de todas clases, edades y humores, pero todos, en el fondo, curioseando y prestando atención y tejiendo la soga que debía ahorcarlo. A veces le

parecía que no podía moverse sin hacer algo de ruido; el tintineo de las altas copas de Bohemia sonaba tan alto como el repicar de campanas; y alarmado por la magnitud de los tictacs de los relojes, sentía la tentación de pararlos. Y luego, de nuevo, con la rápida transición de sus terrores, el mismo silencio del lugar parecía una fuente de peligro, algo que debía sorprender y paralizar a los transeúntes; y entonces se movía con mayor atrevimiento y se afanaba entre los objetos de la tienda, tratando de imitar, con rebuscada bravuconería, los movimientos de un hombre ocupado, a gusto en su propia casa.

Pero se sentía tan desconcertado por las diferentes alarmas que, mientras una parte de su mente todavía permanecía alerta y despierta, otra temblaba al borde de la locura. Una alucinación en particular se apoderó con fuerza de su credulidad. El vecino que escuchaba junto a la ventana con rostro lívido, el transeúnte detenido en la acera por una horrible conjetura... en el peor de los casos podían sospechar, pero no saber; a través de los muros de ladrillo y de las ventanas con los postigos cerrados sólo podían penetrar los sonidos. Pero allí, dentro de la casa, ¿estaba solo? Sabía que sí; había visto salir a la criada en busca de su novio, ataviada lo mejor posible dentro de su modestia, con las palabras «pasaré el resto del día fuera de casa» impresas en cada cinta y en cada sonrisa. Sí, estaba solo, por supuesto; y sin embargo, en el piso de arriba de la casa vacía podía escuchar ciertamente un ligero revuelo de pasos... sin duda era consciente, inexplicablemente consciente, de la presencia de alguien. Sí, en efecto; su imaginación podía seguirlo por cada cuarto y cada rincón de la casa; unas veces era algo sin rostro que, no obstante, tenía ojos para ver; otras, era la sombra de sí mismo; y sin embargo contemplaba otra vez la imagen del prendero muerto, inspirada de nuevo por la astucia y el odio.

A veces, tras un intenso esfuerzo, echaba una ojeada a la puerta abierta que sus ojos todavía parecían rechazar. La casa era alta, la claraboya pequeña y sucia; el día sin visibilidad a causa de la niebla; y la luz que se filtraba hasta la planta baja era extremadamente débil y apenas permitía ver el umbral de la tienda. Y no obstante, en aquella franja de claridad incierta, ¿no se agitaba una sombra?

De pronto, en la calle, un caballero muy jovial empezó a golpear la puerta de la tienda con su bastón, acompañando los golpes con gritos y chanzas en los que continuamente llamaba al prendero por su nombre. Paralizado por el miedo, Markheim echó un vistazo al muerto. ¡Pero no!, yacía totalmente inmóvil; se encontraba completamente fuera del alcance de aquellos golpes y de aquellos gritos; estaba sumergido bajo mares de silencio; y su nombre, que otrora le hubiese llamado la

atención en medio del fragor de la tormenta, se había convertido en un sonido hueco. Y al poco rato el jovial caballero desistió de seguir llamando y se marchó.

Aquello era una clara advertencia de que debía darse prisa en lo que le quedaba por hacer, que tenía que marcharse de aquel vecindario que le acusaba, zambullirse en un baño de multitudes y, al final del día, llegar a aquel refugio seguro y de aparente inocencia... su cama. Ya había llegado un visitante y en cualquier momento podía aparecer otro más obstinado. Haber consumado el hecho y no obtener provecho de él sería un imperdonable fracaso. Lo que ahora le preocupaba a Markheim era el dinero; y, como un medio para llegar hasta él, las llaves.

Echó una ojeada por encima del hombro a la puerta abierta, donde la sombra permanecía titubeante, y sin ninguna repugnancia consciente en su mente y, sin embargo, con un temblor en el estómago, se acercó al cuerpo de su víctima. Sus característicos rasgos humanos habían desaparecido por completo. Como un traje medio relleno de serrín, las extremidades yacían desparramadas por el suelo y el tronco doblado; y sin embargo aquello le repelía. A pesar de ser tan sórdido y tan repugnante para la vista, Markheim temía que fuera más impresionante tocarlo. Cogió el cuerpo por los hombros y lo puso boca arriba. Era extrañamente ligero y flexible, y las extremidades, como si estuvieran descoyuntadas, adoptaron las posturas más raras. El rostro carecía de expresión; pero estaba tan pálido como la cera, y terriblemente manchado de sangre en una sien. Para Markheim, esa fue la única circunstancia desagradable. Le hizo recordar al instante cierto día de feria en una aldea de pescadores: un día gris, de fuerte viento, con mucha gente en la calle, el estruendo de los instrumentos de metal, el redoblar de tambores, la voz nasal de un cantante de baladas; y un muchacho que iba y venía, sepultado bajo la multitud y fluctuando entre la curiosidad y el miedo, hasta que, al salir del lugar más concurrido, divisó un puesto y un enorme cartelón con varias escenas, pésimamente dibujadas, con colores chillones: Brownrigg con su aprendiz; los Manning con su huésped asesinado; Weare apaleado hasta la muerte por Thurtell<sup>‡</sup>; y una veintena más de crímenes famosos. Lo veía tan claro como si fuera una ilusión óptica; volvía a ser aquel niño; miraba de nuevo aquellas infames imágenes con la misma sensación de repugnancia física; todavía estaba aturdido por el rataplán de los tambores. Le vino a la memoria un compás de la música de aquel día; y ante aquello, por vez primera le invadió la aprensión, una sensación de náusea y una repentina debilidad en las articulaciones, que debía contener y vencer en el acto.

Juzgó más prudente hacer frente a aquellas consideraciones que huir de ellas; mirar el rostro del muerto con más osadía, doblegar su mente para que se diera cuenta de la naturaleza y la magnitud de su crimen. Hacía tan poco que aquel rostro se había demudado con cada cambio de sentimiento, que aquella pálida boca había hablado, que aquel cuerpo había estado lleno de energía y vigor; y ahora, como consecuencia de su acto, aquel trozo de vida se había parado, de la misma forma que el relojero, interponiendo un dedo, detiene el tictac de un reloj. De modo que razonaba en vano; no lograba sentir ningún remordimiento más en su conciencia; el mismo corazón que se había estremecido con las efigies pintadas del crimen contemplaba impasible su realidad. A lo sumo, sentía una chispa de compasión por alguien que había estado dotado en vano de todas aquellas facultades que pueden hacer del mundo un jardín encantado, alguien que nunca había vivido y que ahora estaba muerto. Pero de arrepentimiento, nada, ni inmutarse.

Sin más, apartando de su mente aquellas consideraciones, encontró las llaves y avanzó hacia la puerta abierta de la tienda. Fuera había empezado a llover con fuerza; y el sonido del aguacero sobre el tejado había desterrado el silencio. Como una cueva con goteras, los aposentos de la casa estaban invadidos por un continuo eco, que colmaba los oídos y se mezclaba con el tictac de los relojes. Y a medida que Markheim se aproximaba a la puerta, le pareció oír, en respuesta a su propio andar cauteloso, los pasos de otros pies que subían la escalera. La sombra aún palpitaba flácidamente en el umbral. Markheim sometió a sus músculos a un supremo esfuerzo de determinación y abrió la puerta.

La débil y brumosa luz del día iluminaba tenuemente el suelo desnudo y la escalera, la brillante armadura apostada, alabarda en mano, en el rellano, y las sombrías tallas de madera y los cuadros enmarcados que colgaban de los paneles amarillentos del revestimiento. El golpeteo de la lluvia por toda la casa era tan fuerte que los oídos de Markheim empezaron a distinguir una gran variedad de sonidos. Pisadas y suspiros, el desfilar de regimientos en la distancia, el tintineo de monedas al ser contadas, y el chirriar de puertas entreabiertas a hurtadillas, parecían mezclarse con el repiqueteo de las gotas de lluvia sobre la cúpula y el gorgoteo del agua en las tuberías. La sensación de que no estaba solo se hizo más intensa, hasta llevarlo al borde de la locura. Por todos lados se sentía acosado y cercado por aquellas presencias. Las oía moverse en los aposentos de arriba; oyó que el muerto se ponía de pie en la tienda; y al empezar a subir las escaleras, con gran esfuerzo, oyó pasos que huían delante de él sin hacer apenas ruido, o que lo perseguían furtivamente. Si al menos fuera sordo, pensó, ¡qué fácil le

sería conservar la calma! Y luego, escuchando con atención siempre renovada, de nuevo se felicitó por aquel incansable sentido que velaba por él y era como un fiel centinela que protegía su vida. Volvía la cabeza constantemente; sus ojos, que parecían salirse de las órbitas, escrutaban por doquier, y por doquier se veían recompensados a medias con el rabo de algún ser indescriptible que se esfumaba. Los veinticuatro peldaños que conducían a la primera planta le parecieron otras tantas agonías.

En el primer piso las puertas estaban entornadas, y tres de ellas, como otras tantas asechanzas, lo pusieron nervioso cual si fueran bocas de cañón. Tuvo el presentimiento de que nunca más podría sentirse suficientemente fortalecido y resguardado de los ojos humanos que le observaban; deseaba ardientemente encontrarse en su casa, rodeado de paredes, escondido entre la ropa de cama, e invisible para todos excepto para Dios. Y aquel pensamiento le asombró un poco, al recordar historias de otros asesinos y el miedo que supuestamente tenían a los vengadores celestiales. A él, al menos, no le ocurría así. Él temía las leyes de la naturaleza, no fuera a ser que, en su despiadado e inmutable proceder, conservaran alguna prueba irrecusable de su crimen. Temía diez veces más, con un terror ciego y supersticioso, alguna escisión en la continuidad de la experiencia humana, alguna deliberada ilegalidad de la naturaleza. El suyo era un juego de habilidad, que dependía de reglas, que extraía consecuencias a partir de las causas; pero ¿qué sucedería si la naturaleza, al igual que el tirano derrocado volcó el tablero de ajedrez, rompiera el molde de su descendencia? Algo semejante le había acontecido a Napoleón (según dicen los historiadores) cuando el invierno modificó el momento de su aparición. Lo mismo podía ocurrirle a Markheim: las sólidas paredes podían volverse transparentes y revelar sus actividades como las de las abejas en una colmena de cristal; las sólidas tablas podían ceder bajo sus pies como arenas movedizas y atraparlo en sus garras; sí, y existían accidentes más graves que podían destruirlo: por ejemplo, que la casa se derrumbase y lo aprisionara junto al cadáver de su víctima; o que se prendiera fuego en la casa de al lado y los bomberos la invadieran por todas partes. Esas eran las cosas que Markheim temía; y en cierto sentido, podría decirse que esas cosas equivalían a las manos de Dios extendidas para castigar el pecado. Pero, en cuanto al mismo Dios, él estaba tranquilo; sin duda alguna su acto fue excepcional, pero también lo eran sus excusas, que Dios conocía; era allí, y no entre los hombres, donde Markheim estaba seguro de alcanzar justicia.

Cuando llegó sin contratiempos al salón y cerró la puerta tras él, se dio cuenta de que sus motivos de alarma le daban un respiro. La habitación estaba completamente desmantelada, desprovista además de alfombras, y cubierta de cajas de embalaje y de

muebles inadecuados, varios espejos de cuerpo entero, en los que se podía contemplar él mismo desde distintos ángulos, como un actor sobre el escenario, muchos cuadros, con marco o sin él, de espaldas contra la pared, un elegante aparador Sheraton<sup>\*\*</sup>, un bargueño de taracea y una enorme cama antigua con dosel. Las ventanas se abrían hasta el suelo; pero por fortuna los postigos estaban cerrados en su parte inferior, y eso le ocultaba de los vecinos. Markheim puso entonces una caja de embalaje delante del bargueño y empezó a probar las llaves. Le llevó bastante tiempo, pues había muchas, y no pocas molestias; ya que, después de todo, era posible que no hubiese nada en el bargueño y el tiempo pasaba volando. Pero la minuciosidad de la ocupación lo calmó. Veía la puerta por el rabillo del ojo... de vez en cuando incluso la miraba directamente, lo mismo que al comandante de una plaza sitiada le agrada comprobar por sí mismo el buen estado de sus defensas. Pero la verdad es que estaba tranquilo. La lluvia que seguía cayendo en la calle parecía natural y agradable. En seguida, al otro lado, las notas de un piano atacaron los primeros compases de un himno, y las voces de numerosos niños rompieron a cantar. ¡Qué melodía más majestuosa y reconfortante! ¡Qué voces juveniles más dulces! Markheim las escuchó con una sonrisa, mientras seleccionaba las llaves; y su mente se llenó de ideas y de imágenes relacionadas: niños que van a la iglesia a los sones del órgano; niños en el campo, bañándose en el arroyo, paseando por el ejido lleno de zarzas, haciendo volar sus cometas bajo un cielo salpicado de nubes arrastradas por el viento; y entonces, otra cadencia del ritmo volvía a recordarle la iglesia, y la somnolencia de los domingos veraniegos, y la voz aguda y remilgada del párroco (sonrió un poco al recordarla), y las tumbas pintadas de la época jacobina<sup>††</sup>, y las borrosas inscripciones de los Diez Mandamientos en el presbiterio.

Y mientras permanecía así sentado, ocupado y ausente a la vez, se levantó de pronto sobresaltado. Le recorrió un escalofrío helado, un fognazo, un borbotón de sangre, que le dejaron paralizado y estremecido. Unos pasos subían por las escaleras lenta pero firmemente, y en seguida una mano se posó en el picaporte, la cerradura hizo un ruido seco y se abrió la puerta.

El miedo atenazó a Markheim. No sabía qué esperar: si al muerto que había resucitado, o a los representantes de la justicia humana, o a algún testigo fortuito que sin pretenderlo le enviaba al patíbulo. Pero cuando un rostro asomó por la abertura, echó un vistazo alrededor de la habitación, le miró, asintió con la cabeza y sonrió amistosamente como si lo reconociera, y luego se volvió a ir, cerrando la puerta a sus espaldas, Markheim perdió el control de su miedo y gritó hasta enronquecer. Al escucharlo, el visitante regresó.

—¿Me llamaba? —preguntó en tono agradable, y luego entró en la habitación y cerró la puerta tras él.

Markheim se quedó mirándolo fijamente. Tal vez un velo ocultara su vista, pues los contornos del recién llegado parecían cambiar y temblar como los de las figurillas de la tienda a la luz vacilante de la vela; unas veces creía reconocerlo; otras pensaba que se parecía a él; y en todo momento, con una evidente sensación de terror, crecía en su pecho la convicción de que aquel ser no era humano ni divino.

Y sin embargo, mientras miraba a Markheim con una sonrisa en los labios, aquella criatura resultaba de lo más vulgar; y cuando añadió: «Supongo que está buscando el dinero, ¿no es cierto?», lo dijo en un tono educado de lo más natural.

Markheim no contestó.

—Debo advertirle —continuó el otro— que la criada se despidió de su novio más temprano que de costumbre y que no tardará en llegar. Si encontrase a míster Markheim en esta casa, no necesito describirle lo que pasaría.

—¿Me conoce usted? —exclamó el asesino.

El visitante sonrió.

—Desde hace tiempo ha sido usted uno de mis preferidos —dijo—; hace mucho que le observo y a menudo he tratado de ayudarle.

—¿Quién es usted? —gritó Markheim—, ¿el diablo?

—Lo que yo pueda ser —respondió el otro— no afecta al servicio que me propongo prestarle.

—Claro que afecta —exclamó Markheim—, ¡vaya que sí! ¿Recibir ayuda de usted? No, nunca; ¡de usted no! Todavía no me conoce; ¡gracias a Dios usted no me conoce!

—Le conozco —replicó el visitante, con una especie de amable severidad o más bien firmeza—. Conozco hasta sus más íntimos pensamientos.

—¡Conocerme! —gritó Markheim—. ¿Quién puede conocerme? Mi vida no es más que una parodia y un descrédito de mí mismo. He vivido para contradecir mi naturaleza. Todos los hombres lo hacen; todos los hombres son mejores que ese disfraz que crece a su alrededor y los ahoga. Los verá usted arrastrándose por la vida, como alguien a quien hubieran secuestrado unos asesinos a sueldo, embozándolo para acallar sus gritos. Si tuvieran el control de sí mismos... si pudieran ver sus rostros, serían totalmente diferentes, ¡resplandecerían como héroes o santos! Yo soy peor que la mayoría; he ocultado más mi verdadera personalidad; mi justificación sólo la conocemos Dios y yo. Pero, si tuviera tiempo, podría mostrarme tal cual soy.

—¿Ante mí? —preguntó el visitante.

—Sobre todo ante usted —respondió el asesino—. Supuse que era usted inteligente. Pensaba que... puesto que existe... podría usted leer en los corazones. Y sin embargo, ¡se propone juzgarme por mis actos! Piense en ello; ¡mis actos! Nací y he vivido en un país de gigantes; gigantes que me han arrastrado por las muñecas desde que salí del vientre de mi madre... los gigantes de las circunstancias. ¡Y usted quiere juzgarme por mis actos! ¿Acaso no puede usted ver en mi interior? ¿No comprende que el mal me resulta odioso? ¿No puede ver dentro de mí la diáfana escritura de mi conciencia, jamás desdibujada por sofismas deliberados, aunque con demasiada frecuencia haya hecho caso omiso de ella? ¿No puede reconocer en mí a alguien que sin duda debe de ser tan corriente como la humanidad misma: el pecador a regañadientes?

—Todo eso lo ha expresado usted con mucho sentimiento —fue su respuesta—, pero me trae sin cuidado. Esos consistentes argumentos no son de mi incumbencia y no me importa en lo más mínimo cuál fue el impulso que le arrastró a usted, mientras sea en la dirección correcta. Pero el tiempo vuela; y aunque la criada se demora mirando a la gente que pasa y los dibujos de las carteleras, cada vez está más cerca; y recuerde: ¡es como si el propio patíbulo se acercara a usted resueltamente a través de las calles en este día navideño! ¿Quiere que le ayude, yo que todo lo sé? ¿Quiere que le diga dónde encontrar el dinero?

—¿A qué precio? —preguntó Markheim.

—Le ofrezco este servicio como regalo de Navidad —respondió el otro.

Markheim no pudo contener una sonrisa que expresaba una especie de júbilo amargo.

—No —dijo—, no aceptaré nada de usted; si estuviera muriéndome de sed y fuera su mano la que me llevase el jarro a los labios, encontraría el valor suficiente para rechazarlo. Puede que sea crédulo, pero no haré nada que me comprometa con el mal.

—No tengo nada que objetar a que se arrepienta en su lecho de muerte —comentó el visitante.

—¡Porque no cree usted en su eficacia!

—Yo no diría eso —contestó el otro—; pero yo miro esas cosas desde otro ángulo, y cuando la vida se acaba, mi interés decae. El hombre ha vivido para servirme, para propagar pensamientos ruines bajo apariencia de religión, para sembrar cizaña en el trigal, como hace usted, en escasa complicidad con el deseo. Cuando está tan cerca su liberación, sólo puede añadir un acto de servicio más... arrepentirse, morir con la sonrisa en los labios, y de ese modo infundir confianza y esperanza a los más timoratos

de mis seguidores que quedan vivos. No soy un amo tan severo. Póngame a prueba. Acepte mi ayuda. Disfrute de la vida como ha hecho hasta ahora; disfrute en mayor cuantía, ponga los codos sobre la mesa; y cuando empiece a anochecer y se corran las cortinas, le aseguro, para su mayor consuelo, que hasta le resultará fácil arreglar cuentas con su conciencia y hacer servilmente las paces con Dios. Precisamente vengo de uno de esos lechos de muerte, y la estancia estaba llena de sinceros dolientes que escuchaban las últimas palabras de aquel hombre; y cuando le miré a la cara, antes tan despiadada y dura como el pedernal, comprobé que sonreía esperanzado.

—Entonces, ¿supone usted que soy uno de esos seres? —preguntó Markheim—. ¿Cree que no tengo más aspiraciones que pecar, pecar y pecar, para al final entrar a hurtadillas en el cielo? Me solivianta la idea. ¿Es esa, pues, la experiencia que tiene usted del género humano? ¿O se imagina tales vilezas porque me ha descubierto con las manos en la masa? ¿Acaso el asesinato es un delito tan impío como para secar las fuentes mismas del bien?

—El asesinato no representa para mí ninguna categoría especial —respondió el otro—. Todos los pecados son asesinatos, en la medida en que toda vida es una guerra. Considero a su raza como unos marineros muriéndose de hambre sobre una balsa, que arrebatan el último mendrugo a los más necesitados y se alimentan de las vidas de los demás. Sigo de cerca los pecados más allá del momento en que se cometen; compruebo que en todos ellos la última consecuencia es la muerte; y para mí, la linda doncella que engaña a su madre con tanta gracia para asistir a un baile tiene las manos tan visiblemente manchadas de sangre humana o más que un asesino como usted. ¿Le he dicho que sigo de cerca los pecados? También las virtudes; apenas difieren de ellos en el grosor de una uña, unas y otros son las guadañas con las que el ángel de la Muerte lleva a cabo su mortífera siega. El mal, para el cual vivo, no está en la acción sino en el personaje. Le tengo mucho cariño al hombre malo; no así a las malas acciones, cuyos frutos, si pudiéramos remontarnos lo bastante lejos a través de la impetuosa catarata del tiempo, podríamos encontrar sin embargo más provechosos que los de las virtudes más raras. Y si le ofrezco ayudarle a escapar, no es porque haya matado a un predero, sino porque usted es Markheim.

—Le abriré mi corazón —respondió Markheim—. Este crimen en el que usted me ha sorprendido es el último que cometeré. Hasta llegar a él he aprendido muchas lecciones; él mismo es una lección, una trascendental lección. Hasta ahora me he visto arrastrado a mi pesar a hacer lo que no quería; era un esclavo, forzoso y atormentado, de la pobreza. Existen sólidas virtudes que pueden soportar esas tentaciones; no era ese mi

caso: tenía sed de placeres. Pero hoy, y como consecuencia de este acto, he obtenido riquezas y un escarmiento... la posibilidad y la renovada decisión de ser yo mismo. Me he convertido en un actor libre sobre el escenario del mundo; empiezo a verme completamente cambiado, a considerar estas manos agentes del bien, este corazón en paz. Algo llega hasta mí procedente del pasado; algo de lo que había soñado los domingos por la tarde cuando escuchaba el órgano de la iglesia, algo de lo que intuía cuando derramaba lágrimas sobre las páginas de libros sublimes, o cuando hablaba con mi madre, siendo todavía una criatura inocente. Allí está mi vida; he andado a la deriva unos cuantos años, pero ahora veo otra vez cuál es mi destino.

—Va a invertir usted el dinero en la Bolsa, ¿no es así? —comentó el visitante—; y si no me equivoco, ya ha perdido usted algunos miles.

—Sí —dijo Markheim—, pero esta vez tengo algo seguro.

—Esta vez perderá de nuevo —respondió el visitante en voz baja.

—¡Sí, pero me quedaré con la mitad! —exclamó Markheim.

—También la perderá —dijo el otro.

El sudor empezó a perlar la frente de Markheim.

—Pues entonces, ¡qué más da! —exclamó—. Digamos que lo pierdo todo, que me hundo de nuevo en la pobreza, ¿seguirá hasta el fin una parte de mí, la peor, pisoteando a la mejor? El bien y el mal conviven en mi interior, tirando de mí en ambas direcciones. No quiero sólo una cosa, las quiero todas. Puedo imaginar grandes hazañas, renunciamientos, martirios; y aunque he incurrido en un delito como el asesinato, la compasión no es ajena a mis pensamientos. Compadezco a los pobres; ¿quién conoce mejor que yo sus tribulaciones? Los compadezco y los ayudo; aprecio el amor, me encanta la risa sincera; no existe en el mundo nada bueno ni auténtico que yo no ame de todo corazón. ¿Han de ser únicamente mis vicios quienes dirijan mi vida, mientras que mis virtudes no surten efecto, como si fueran inútiles cachivaches de la mente? No; el bien también es un manantial de actos.

Pero el visitante levantó un dedo.

—Durante los treinta y seis años que ha estado usted en el mundo —dijo—, a través de muchos cambios de fortuna y de diversos estados de ánimo, le he visto caer sin parar. Hace quince años la idea de cometer un robo le habría asustado. Hace tres años habría retrocedido ante la palabra asesinato. ¿Existe algún delito, alguna crueldad o vileza que todavía le repugne?... ¡Dentro de cinco años lo sorprenderé cometiéndolos! Su trayectoria cada vez va más cuesta abajo; nada salvo la muerte la podrá detener.

—Es verdad —dijo Markheim con voz ronca—, hasta cierto punto he acatado el mal. Pero eso le ocurre a todos: los mismos santos, por el simple hecho de vivir, se hacen cada vez más remilgados y se acomodan a lo que les rodea.

—Le plantearé una simple pregunta —dijo el otro—; y cuando me conteste le leeré su horóscopo moral. En muchas cosas se ha vuelto usted cada vez más descuidado; posiblemente hace usted bien; y en todo caso, a todos les sucede lo mismo. Pero, aun admitiendo eso, ¿existe algún aspecto particular del mal, por insignificante que sea, que le resulte más difícil de acomodar a su conducta, o se deja usted llevar en todo?

—¿Algún aspecto particular? —repitió Markheim, angustiado al pensar en ello—. No —añadió con desesperación—, ¡ninguno! Me he dejado llevar en todo.

—Entonces —dijo el visitante—, confórmese con lo que es, porque nunca cambiará; el papel que usted representa en esta obra está ya irrevocablemente escrito.

Markheim permaneció callado un buen rato, y realmente fue el visitante el primero en romper el silencio.

—Siendo así —dijo—, ¿le digo dónde está el dinero?

—¿Y el perdón? —gritó Markheim.

—¿Acaso no lo ha intentado? —respondió el otro—. Hace dos o tres años, ¿no le vi en la tribuna de una reunión evangelista, y era su voz la que entonaba más fuerte el himno?

—Es cierto —dijo Markheim—, y ahora veo claramente lo que me queda por hacer. Le agradezco estas lecciones con toda mi alma; me han abierto los ojos y al fin me veo a mí mismo tal como soy.

En aquel momento, el agudo tintineo de la campanilla de la puerta resonó por toda la casa; y el visitante, como si la llamada fuese una señal que había estado esperando, cambió inmediatamente de actitud.

—¡La criada! —exclamó—. Ha regresado, como le advertí, y ahora usted tiene que dar otro paso más difícil. Su amo, debe decirle, está ya dentro; debe dejarla entrar, mostrando una expresión serena aunque más bien seria... nada de sonrisas, ¡no exagere su papel y le prometo éxito! Una vez que la chica esté dentro y haya cerrado la puerta, la misma habilidad con que se deshizo del prendero le permitirá salir airoso del último obstáculo en su camino. A partir de entonces tendrá toda la tarde... la noche entera, si fuese necesario... para saquear los tesoros de la casa y ponerse a salvo. Le será provechoso aunque venga con la máscara del peligro.

»¡Levántese! —exclamó—, levántese, amigo; su vida pende de un hilo: ¡levántese y actúe!

Markheim miró fijamente a su consejero.

—Aunque estoy condenado a hacer el mal —dijo—, aún me queda una puerta abierta para actuar libremente... puedo dejar de hacerlo. Aunque mi vida sea aciaga, puedo dejarla de lado. Aunque sea presa fácil, como usted bien dice, de todas las tentaciones, por pequeñas que sean, todavía puedo, mediante un gesto decidido, ponerme fuera del alcance de todas ellas. Mi inclinación al bien está condenada a la esterilidad; puede ser, ¡faltaría más! Pero todavía me queda mi odio al mal; y ya comprobará usted, aunque le irrite y le decepcione, que de ello puedo sacar energía y valor.

Las facciones del visitante comenzaron a experimentar un sorprendente cambio: se iluminaron y suavizaron con una expresión de frágil triunfo; y al mismo tiempo que se iluminaban, se desvanecieron y desaparecieron. Pero Markheim no se detuvo a observar ni a comprender la transformación. Abrió la puerta y bajó las escaleras muy despacio, entregado a sus pensamientos. Su pasado desfiló ante él sobriamente; lo contempló tal como era, inquietante y agotador como un sueño, fortuito como un homicidio casual... el escenario de una derrota. La vida, tal como ahora la veía, ya no le seducía; pero, en el otro extremo, divisaba un refugio tranquilo para su embarcación. Se detuvo a mitad del pasillo y miró al interior de la tienda, donde la vela continuaba ardiendo junto al cadáver. Reinaba un extraño silencio. Mientras seguía mirando, su mente era un hervidero de pensamientos acerca del prendero muerto. Y entonces sonó una vez más la campanilla con impaciente clamor.

Hizo frente a la criada en el umbral de la puerta con algo parecido a una sonrisa.

—Será mejor que vaya a avisar a la policía —dijo—. Acabo de matar a su señor.

---

\* Publicado en diciembre de 1885 en *The Broken Shaft*, número especial navideño del *Unwin's Annual*. Posteriormente se publicó una versión revisada del mismo en la antología *The Merry Men and Other Tales and Fables* (1887), que ha sido la que he utilizado para esta traducción. (*N. del T.*)

‡ Elizabeth Brownrigg fue la más odiada asesina de Inglaterra durante el siglo XVIII. Antigua comadrona, estaba encargada de adiestrar para el trabajo de asistente a las madres solteras del asilo para pobres de St. Duncan. Fue ejecutada en Tyburn el 14 de septiembre de 1767 por torturar atrocemente hasta matar a su aprendiz Mary Mitchell, huérfana recogida en el Foundling Hospital. Los Manning asesinaron en 1849 a su amigo Patrick O'Connor y enterraron su cadáver en cal viva debajo del suelo de la cocina. En octubre de 1823 Thurtell mató a golpes con su pistola a Weare cuando intentaba huir después de un primer intento frustrado. (*N. del T.*)

---

\*\* Aparador de caoba con incrustaciones de palo del águila, madera favorita (procedente de las Indias Occidentales) de su diseñador, el ebanista inglés Thomas Sheraton (1751-1806), creador de un estilo neoclásico muy personal, que renovó el estilo Adam (1760-1790) y anticipó el Regency (1800-1830). (*N. del T.*)

†† Entre 1603 y 1649, durante los reinados de Jacobo I y Carlos I. (*N. del T.*)